

PEGA, PERO ESCUCHA

Por Francisco-Manuel Nácher

Es lo que le dijo el capitán de los atenienses, Temístocles, al almirante de los espartanos, Euribíades, cuando éste, durante una discusión entre ambos, levantó su bastón amenazante sobre la cabeza del primero. Es una frase mítica. Una frase simbólica. Una frase cargada de contenido casi nunca vislumbrado. Y una frase trágica. La más trágica que ha pronunciado nunca hombre alguno. Porque contiene toda la angustia, toda la impotencia, toda la frustración del que sabe, del que dedicó su vida al estudio, a la investigación, a la observación, a la meditación o al arte, para traspasar sus hallazgos a sus semejantes, ahorrándoles así los sacrificios y los errores y los tropiezos que él tuvo que experimentar, y ellos, empecinados, ciegos en su ignorancia, no sólo no escuchan, no sólo no aprenden, no sólo no respetan el esfuerzo, sino que destruyen a quien lo hizo.

“**Pega, pero escucha**”. Porque la Historia la han ido sacando adelante sólo unos cuantos de cada generación, con sus ideas, sus descubrimientos y sus fantasías. El resto se ha dedicado siempre a destruir. Y así desapareció la Biblioteca de Alejandría y se mutiló de modo trágico el Partenón y se destruyeron, quemaron y arrasaron, y se siguen destruyendo, quemando y arrasando, cientos de ciudades y miles de obras de arte y de libros y de monumentos y, lo que es peor, se hizo desaparecer a los mejores, hasta el punto de que es difícil encontrar un hombre destacado por su saber que no haya sido perseguido por sus contemporáneos. Porque el sabio está dispuesto siempre a recibir el golpe, con tal de que le escuchen. Podrá ser un golpe físico, emocional o mental... podrá ser una puñalada o un desprecio o una descalificación o una persecución o una opresión o un olvido o una tortura o un auto de fe o una traición o una explotación o un escupitajo... No importa, el sabio está siempre decidido a ser víctima, con tal de que le escuchen.

“**Pega, pero escucha**” es, además, el eterno diálogo de sordos entre cada dos generaciones sucesivas: La vieja, que ha vivido y sufrido por sus errores, y ha aprendido con ellos, que se ha esforzado y que sabe, y la nueva, que cree saber y no escucha y se niega a aprender en cabeza ajena -

sumum de la sabiduría - condenándose irremisiblemente a tener que repetir, casi al pie de la letra, los errores paternos y, terminar aprendiendo en cabeza propia.

“Pega, pero escucha”. Y, sin embargo, está claro: Pégame, sí, pégame si quieres, si ello te causa placer, si te apetece, si con ello te crees más importante... pero antes de pegarme, escucha lo que tengo que decirte, lo que con mucha dedicación he recopilado para ti, para tu beneficio, para tu progreso; escúchalo, compréndelo, medítalo, hazlo tuyo y si, después de eso, sigues queriendo pegarme, hazlo, porque, a pesar de todo, mis desvelos y mis sueños no habrán sido en vano. O, incluso, si así lo prefieres, pégame primero, y luego escucha. **¡Pero escucha!**

Sin embargo, es inútil. Parece ser que hay que pegar primero y, además, no escuchar. Y que, cuanto más ignorante se es, se pega más fuerte. Todo lo que en el sabio es insatisfacción, ansia de saber y humildad, se transforman en el ignorante en autocomplacencia, desprecio del conocimiento y orgullo por su triste condición. ¡Con lo fácil que sería escuchar a los que saben! Por eso toda la Historia no ha sido, y sigue siendo, sino una incesante sucesión del **“pega, pero escucha”** resonando en todas las latitudes y en todos los tiempos, y una permanente, insensata y trágica negación al diálogo.

Hasta tal punto, que el propio Dios tuvo que pronunciar la misma queja, en un tono mayor, cuando Cristo, agonizante en la cruz por no habersele querido escuchar, exclamó, en nombre propio y en el de todas las víctimas de la ignorancia culpable, aquel amoroso pero trágico y terrible y eterno: **“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”**. Y no saben lo que hacen - se ha de concluir - porque no me han querido escuchar.

“Pega, pero escucha”. Pero, ¿por qué ese interés del sabio, cualquiera que sea el contenido de su sabiduría, en ser escuchado? Porque dentro de esa frase se encuentra otro pensamiento, que es el fundamental y que se podría enunciar así: “No creas lo que te digo porque yo te lo diga, pero piénsalo”. ¿Y eso por qué? ¿Por qué ha de desearse que se piense algo aunque no se crea? Porque los pensamientos son cosas y si son, a su vez, objeto de pensamiento, constituirán la semilla energética que extraerá del interior del espíritu toda la verdad que en él se contiene y se alimentará de ella y entonces ese espíritu, ese hombre, estará salvado, porque habrá dado los primeros pasos por el Sendero del Conocimiento. Pero para pensar sobre ese algo hay primero que haberlo escuchado.

Es eso lo que quería decir Cristo cuando aseguraba que la palabra de Dios es como una semilla que, una vez sembrada en el alma, llega un día en que germina y crece y se desarrolla.

Ambas afirmaciones se basan en una ley natural que establece que, dado que el pensamiento es energía y ésta es vibración, no puede permanecer en calma y, por tanto, tiende al cambio y al crecimiento y a la expansión; y ese cambio y ese crecimiento y esa expansión los realiza, como ocurre en todos los reinos de la naturaleza, atrayendo y haciendo propia la materia que le es afín. Así que, cuando se siembra en un hombre un pensamiento, éste tiende naturalmente a crecer y para ello, atrae los conocimientos sobre ese tema contenidos en el espíritu pensante, conocimientos que asimila y amalgama con su propio contenido, con lo cual, crece. Y la consecuencia es una ampliación de conocimiento o de conciencia por parte del receptor del pensamiento-simiente.

Eso es, precisamente, lo que pretenden las Enseñanzas de la Sabiduría Occidental, nuestra querida filosofía, cuando nos dice, al ponernos por primera vez en contacto con ella: **No creas lo que te digo porque sí. Simplemente, acéptalo provisionalmente como posible. Es decir, escúchalo y piensa sobre ello. Luego ya irás tú mismo comprobando que es cierto y las piezas del puzzle de la vida y del mundo irán encajando en su sitio.**

Pero primero, necesariamente, hay que escuchar y luego pensar sobre lo escuchado. Y, si esto se consigue, se hace imposible “pegar”.

* * *